

UN PERIODICO CURIOSO: «EL BAZAR MURCIANO» (1892-1929)

POR
ANTONIO CRESPO

I

Cuando hace unos años, en 1978, nos dejaba para siempre el periodista José Ballester, moría con él el último superviviente de los colaboradores de *El bazar murciano*, una curiosa publicación literaria, nacida por impulso de un comercio del mismo nombre que todavía existe. Pocos recordarán aquellas amplias páginas en que el verso y la prosa llegaban al lector de la mano de escritores de mucho fuste. Sólo una edición facsímil, realizada en 1970 por la Cámara de Comercio, ha permitido a los hombres de nuestro tiempo tener fácil acceso a unos poemas y unos artículos destinados quizá a perderse en el olvido. Merece la pena echar una ojeada a esta singular antología.

El periódico *El bazar murciano* constituye un caso insólito entre los de su género. Varios son los motivos: su publicación exclusivamente anual —siempre, en los primeros días de septiembre—; el llevar el nombre de un establecimiento comercial y estar dirigido por su propio dueño; su larga trayectoria —nada menos que treinta y ocho años—; su formato y diseño de diario y no de revista, etc. (1). Todo ello, sin embargo, no so-

(1) Algunas de estas cualidades fueron ensalzadas por Torcuato Luca de Tena, director de «ABC», que escribió en 1929, en *El bazar...*: «Todo es excepcional y admirable en esa publicación, lo mismo en su presentación material que en su contenido espiritual y, acaso, el mayor de sus atractivos, consiste en la circunstancia de aparecer sólo una vez cada año».



brepararía el terreno de la rareza. Lo verdaderamente notable radica en su contenido: en la cantidad y calidad de sus colaboraciones. Puede decirse, sin exageración, que todos los escritores murcianos de finales del siglo XIX y primer tercio del XX dejaron eco en sus páginas. Y no sólo ellos: también, varios literatos foráneos, famosos en algún caso, de quienes se requirió su aportación. Así, junto a las firmas de Sánchez Madrigal, Frutos Baeza, Andrés Baquero, Martínez Tornel, Vicente Medina, etc., aparecen las de Echegaray, Benavente, Azorín, Gabriel Miró, Fernández Flórez... Ello motivó que otro de los colaboradores no murcianos, Salvador Rueda, manifestase su asombro por la categoría de tantos articulistas y poetas, en un trabajo por él firmado en el número de 1907. «¿Se concibe —escribió— que un haz de plumas gloriosas, las plumas de oro de toda una época, se pongan cada año a enaltecer un rico comercio murciano?». Y calificó el hecho como «una excepción jamás vista en España ni creo que en el mundo».

El director-propietario era Ricardo Blázquez, dueño del comercio de igual denominación en la calle de Platería, persona de aficiones literarias, como lo revelan sus colaboraciones en esta publicación, pero, sobre todo, muy relacionado con los periodistas locales, de quienes consiguió decisiva ayuda, especialmente de Tornel, Frutos Baeza, Tolosa y Perní (2). Pero Blázquez, además, era individuo de gran visión comercial y utilizó una fórmula publicitaria originalísima, consistente en enlazar la literatura con el anuncio (3). Buscó para ello a los más conocidos escritores murcianos y les pidió artículos y poemas en los que, a ser posible, ensalzaran su establecimiento y los productos que en él se vendían. La respuesta fue siempre generosa: por amistad, por simpatía o cordial compromiso, los literatos cantaron las «glorias» de don Ricardo y su tienda. Y lo mismo, más o menos, algunos escritores residentes en Madrid, a los que se llegaba —cuando no eran nacidos en Murcia— bien directamente o a través de amables intermediarios. Unos y otros recibían luego delicados obsequios como gratificación por su trabajo (4).

Antes de entrar en el contenido de *El bazar murciano*, conviene señalar algunos detalles sobre su aspecto externo. Era un periódico de cuatro pá-

(2) En el número 19, año 1912, Ramón Pontones escribe en el artículo «Un recuerdo», a propósito de la muerte de Perní, que los arriba mencionados eran «los cuatro baluartes que servían de sostén al querido periódico, los cuatro valedores del *Bazar* que supieron llevarlo desde la nada hasta el puesto de honor que hoy ocupa».

(3) En una «Nota del Bazar», atribuible al propio Blázquez, en el número 5, año 1896, se le llama al periódico «album literario anunciador».

(4) De ello hay referencia en alguna colaboración; por ejemplo, en la de Ortega Munilla, en el número 29, año 1922, donde el escritor agradece el regalo de un paraguas.



ginas, con superficie impresa de 40 x 26,5 centímetros (salvo los tres primeros números, de tamaño algo menor), impreso en cuatro columnas (sólo en tres, más anchas, los tres primeros), y con una cabecera de diseño variable (5), pero en la cual figuraban siempre la mención del director-propietario, año y número de orden y la indicación «Eco del establecimiento de su nombre», pluralizada desde 1910, tras la inauguración de una sucursal en Cartagena.

A partir del número 7 inserta, junto al título, un recuadro vertical, como si fuese una hoja de calendario, donde aparece la fecha de 1.º de septiembre, dos notas humorísticas sobre el horario comercial y el santo del día (6) y, a modo de efemérides, la frase «1892. Se publica el primer número de este periódico».

Otro detalle curioso es el de las ilustraciones: graciosas viñetas a pluma, que se inician en el número 2 y que continúan hasta el 5, inclusive: payasos, bailarinas, huertanos... Casi siempre son ajenas a la temática de los trabajos, pero contribuyen a la estética de la publicación. Desde el número 32, Gil de Vicario ilustra con un dibujo de tamaño grande su colaboración en primera página, que se mantiene hasta el ocaso del periódico, cuatro años después. Por otra parte, entre los números 6 y 11, y en sustitución de las viñetas, se utilizan los autógrafos de los escritores, al pie de sus respectivos textos, lo cual puede tener interés para los entendidos en grafología.

En cuanto a los talleres en que se editó, Blázquez utilizó los del *Diario de Murcia* (números 1, 4 y del 6 al 11), Tipografía Albaladejo (número 2), *La Verdad* (12 al 14) y *El Tiempo*, si bien los de estas dos últimas etapas eran en realidad los mismos, aunque cambiaron de titularidad (7). Los números 3 y 5 no llevan pie de imprenta (parecen corresponder al *Diario*); tampoco el 17, pero la procedencia de éste no ofrece duda: está hecho

(5) Cambió mucho la tipografía de la cabecera, que ofrece nada menos que once variantes. Para empezar, es diferente en cada uno de los seis primeros números. Otro diseño se utiliza del 7 al 11 inclusive. En el 12 se prueba otro modelo, que no tiene continuidad. Desde el número 13 el periódico muestra un rótulo en versales que se mantiene durante nueve ediciones. A partir del número 22 utiliza unas letras de cuerpo mayor, que serían el modelo definitivo hasta su desaparición, con la salvedad del número 31, en que se ensaya una cabecera modernista, dibujada por Gil de Vicario, rápidamente descartada al año siguiente.

(6) En la primera se lee: «Abrese el Bazar a las 6,30 m. Ciérrase a las 11,45 n., o después, si hay gente», modificado desde el número 19, así: «Abrese el Bazar a las 8 mañana. Ciérrase a las 19,60 noche». La segunda, relativa al santoral, dice: «Para los forasteros, San Bienvenido».

(7) Tenían sus instalaciones en la calle Polo de Medina, 2, donde actualmente está el comercio «Recambios Coll», según testimonio oral de José Ballester. La tipografía era inicialmente del periódico *La Verdad* hasta que esta empresa se trasladó a la plaza de Apóstoles y en 1908 empezó a imprimirse allí el nuevo diario *El Tiempo*.



en *El Tiempo*. Inició *El bazar murciano* su andadura en 1892 y prolongó su vida, asombrosamente, hasta 1929. Sólo dejó de editarse en dos ferias: las de 1898 y 1904, por los fallecimientos de un hermano y de la esposa del director, respectivamente (8).

Su aparición en las ferias tenía su fundamento. En aquel tiempo constituían unas jornadas de gran importancia mercantil y era costumbre que las gentes de la huerta se desplazaran a la ciudad para efectuar sus compras. Junto al señuelo de las corridas de toros y las atracciones infantiles, Murcia brindaba el aliciente de sus comercios, abundantes y bien provistos, como demuestra la prensa de la época. La ciudad era pequeña —unos 40.000 habitantes a finales de siglo— y precisaba que las pedanías y pueblos próximos contribuyeran a su desarrollo comercial (9). La feria, hoy casi reducida a diversión de niños, significaba mucho entonces en las actividades de compraventa y la presencia de este periódico intentaba ser un reclamo, al menos entre la población más culta.

II

La lectura de *El bazar...* nos permite conocer la evolución de la literatura en Murcia, a lo largo de 38 años, y cómo una generación va siendo sustituida por otra. Así, en una primera etapa vemos las firmas de Virgilio Guirao, Mariano Perní, Bautista Monserrat, Andrés Baquero, Ricardo Gil, entre otros, mientras que después surgen los nombres de Andrés So-bejano, José Ballester, Andrés Bolarín, Leopoldo Ayuso...

No cabe duda de que Ricardo Blázquez se quedó corto en la presentación de su periódico, cuando escribió en el primer número: «Mi propósito (...) es recomendar mi casa, hacer el artículo...». Esto lo llevó a cabo, y muy bien, sin duda, pero, además, ofreció una singular antología literaria cuyo interés se ha acrecentado al paso del tiempo. Incluso las colaboraciones más vinculadas al «anuncio» son merecedoras de estima por el ingenio y habilidad que revelan ante el pie forzado de la publicidad. Y como un ejemplo, entre muchos, copiamos estas graciosas quintillas de Frutos Baeza, que tituló «Música celestial»:

(8) De ello hay una referencia en el número 17, año 1910, en un trabajo de Tolosa en que se hace breve historia de esta publicación.

(9) El establecimiento, además de tienda de juguetes, como es hoy, vendía multitud de cosas: perfumes, cubiertos, lámparas, maletas, papelería, paraguas, vajillas, etc. Incluso comestibles y vinos.



Estaba San Pedro un día
sentado en la portería
de la celeste mansión,
cuando notó que subía
de niños una legión.

Y aunque de viejo prudente
tiene fama bien ganada,
al ver aquel contingente,
la puerta medio entornada
¡plom! la cerró de repente.

—¿Qué haces? —preguntó el Se-
ñor

en tono de mal humor.

Y San Pedro incomodado
dijo: —Señor, he cerrado
porque esto ya es un horror.

Entran de niños al día
un millar haciendo ruido
y con tan loca alegría
que me tiene ya aburrido
semejante algarabía.

Uno trae una escopeta
de madera tosca y charra,
el otro una pandereta
y algunos una trompeta,
un tambor o una guitarra.

Con tan rudo instrumental
estoy loco y dado al cuerno.
¿Más niños a mí? ¡No tal!
Que esto parece un infierno
y no mansión celestial.

Dios, que escuchó la protesta,
—¡Abre! —por toda respuesta
dijo con indignación—.
Bajó San Pedro la testa
y se abrió el áureo portón.

Por los celestes umbrales
penetraron varios coros
de niños angelicales,

tocando dulces, sonoros
instrumentos musicales.

Cuando en el cielo se oyó
la música, se aplaudió
con frenético arrebató
y hasta San Pedro quedó
confundido y turulato.

Luego otros grupos mayores
produjeron el asombro
con sus sables brilladores,
sus magníficos tambores,
juguetes... y armas al hombro.

Al mirar tan rico apresto
dijo el santo con bondad:
—Hombre, aunque sea molesto,
tengo una curiosidad:
¿dónde os han comprado esto?

Y como hallando a la mano
la frase, un grupo responde
con voz chillona al anciano:
—¿Dónde? ¿Y pregunta Vd. dónde?
Pues en el Bazar Murciano.

Y dicen que fue el Señor
y extendió una credencial
de este Bazar a favor
nombrándole «proveedor
de la corte celestial».

San Pedro, grave y austero,
sufrió un cambio verdadero,
y, según cuentan las crónicas,
hoy tiene el santo portero
aficiones filarmónicas.

Mas se ha dejado ordenar
que para dejar pasar
tambor, zambomba o trompeta,
han de llevar la etiqueta
del Bazar.



El propio Blázquez, que escribió en casi todos los números, dejó muestras de su ingenio versificador en fragmentos como este:

*Unas veces los juguetes
pongo en forma de sonetos;
otras escancio octavillas
en frascos de olores llenos.*

*Consonantes y asonantes
en cascabeles arreglo,
y hago tiernas seguidillas
con paraguas y tinteros.*

Entre las colaboraciones de poetas no murcianos destaca por su asiduidad la del humorista Juan Pérez Zúñiga que, incorporado a *El bazar...* en 1900, no dejó prácticamente de escribir en sus páginas mientras salió el periódico.

De él son estos versos:

*Deploramos la sequía
que hay en la región murciana
y hace que anden de cabeza
los que no cosechan nada;*

*lamentemos, si se quiere,
las torpezas y las planchas
de unos cuantos mal llamados
gobernantes de la patria;*

*y los choques de los muchos
automóviles que marchan
por doquier, cuyos caballos
aunque ocultos van, se espantan,*

*resultando los viajeros
hechos una cataplasma
y envidiando a sus mayores,
que en galera caminaban;*

*deploramos igualmente
que desde las nubes caigan
y se estrellen contra el suelo
tantos bravos aeronautas;*

*lamentemos que los moros
sepan darnos la tostada;
que los toros a los diestros
hagan cisco las entrañas*

*y que cuajen tantas bodas
como vemos anunciadas,
lo cual prueba que infelices
y suicidas nunca faltan;*

*pero ¡por Dios vivo y por
la Virgen de la Fuensanta!
suceda lo que suceda
jamás perdamos la gana*

*de broma ¡jamás! y menos
hoy que son tan necesarias
las alegres distracciones
para el cuerpo y para el alma.*

*Y vencido nuestro tedio
al calor de estas palabras
y dispuestos a la juerga
más o menos dislocada,*



*concurramos presurosos
al comercio de más fama
que hay en Murcia; sí, a la tienda
más simpática de España,*

*al Bazar Murciano, en donde
Blázquez sin cesar despacha
todo cuanto se fabrica
ya en juguetes, ya en quincalla,*

*ya en productos perfumados
que la Casa Gal le manda
de la Corte, ya en eléctricas
y despampanantes lámparas;*

*ya en muñecas primorosas
de biscuit o porcelana
y ya en otros mil objetos
de tan buen gusto que encantan.*

Los tres poetas murcianos de más renombre nacional, Federico Balart, Vicente Medina y José Selgas, también aportaron su inspiración a estas páginas. Balart, una sola vez, en el número 11, con un poema sin título en el cual, tras aludir a sus veintiocho años de ausencia de Murcia, expresa lo que desearía encontrar en el comercio de Blázquez:

*Un gobierno que, al cabo, puesto en el brete,
cumpla una vez siquiera lo que promete;
un orador krausista que, en los debates,
no diga en tres vocablos, tres disparates,
y que, cuando conjugue con mayor tino,
no desfigure al propio Verbo divino;
un chistoso de oficio que no dé tedio;
un programa que sirva para un remedio;
un poeta sin ripios ni tonterías;
una ley no violada todos los días;
un autor modernista sin histerismo,
o un español conforme... consigo mismo.*

De Vicente Medina se publicaron siete colaboraciones, dos de ellas en prosa. Quizá la más significativa de su estilo sea ésta, en verso, que tituló «Es cosa que se ve», correspondiente a 1909:

*No me lo dijeran,
y lo adivinara...
Te gustan las flores... hablas con el ico
de allá, con el dulce dejico del habla:
¡qué dulce!... ¡más dulce!...
¡tan dulce, nena, como si besaras...!
De seguro, nena, tienes en tu patio
macetas de alábegas...
Si rezas, ¡que rezas!,
pondría, de hijo, que es a la Fuensanta...*



*Por las mañanicas,
 apuesto que cantas
 como por la huerta las cavernericas,
 al rayar el alba...
 Y también suspiras, ¡vaya que suspiras!...
 tú tienes tu murria, tú tienes tus ansias...
 ¡Ay, quién se pudiera volver pajarico!...
 ¿no es cierto, zagala?...
 Tú eres murcianica
 con toa el alma!...
 ¡No me lo dijeran
 y lo adivinara!*

Los dos poemas de Selgas, dedicados respectivamente al elogio del establecimiento y del periódico, carecen de relieve.

Las grandes firmas nacionales no se encuentran, lógicamente, hasta que el periódico no se consolida con varios años de publicación. Frutos Baeza consigue en 1903 la colaboración de su amigo Salvador Rueda, muy vinculado a Murcia, «su segunda cuna», de acuerdo con sus propias palabras (10). Escribe el literato malagueño durante nueve años, no consecutivos, seis veces en verso y tres en prosa. Reproducimos uno de sus sonetos:

*Con el trabajo del buril constante
 se labra la faceta diamantina,
 y amante el sol la vuelve cristalina
 con un beso de luz que es un cambiante.
 Sigue el buril su paso rutilante
 recorriendo la piedra peregrina,
 y con sus cien tallados la ilumina
 de ellos haciendo un único brillante.
 Un gran pintor con el color jugando,
 fue en diversas posturas retratando
 tu ser que cual diamante reverbera.
 Y la vitela al salpicar de tintas,
 te pintó cien imágenes distintas
 ¡y una sola hermosura verdadera!*

Una de las colaboraciones en prosa de Salvador Rueda es una presentación encomiástica de Gabriel Miró, con el título de «Un nuevo cola-

(10) Véase una carta suya, publicada en *El bazar...* en 1919, desde Benaque (Málaga).



borador» y dirigida al lector infantil. Estamos en 1908 y Miró ha publicado alguna de sus primeras obras: *Del vivir, Nómada...* El artículo que ve la luz en *El bazar murciano*, fiel al estilo sensual y brillante del escritor alicantino, dice en sus párrafos básicos:

«Gallardos corceles de cartón, maravillosos trenes, deslumbradores arreos militares o de lidiadores, diminutas farándulas que representan sus farsas en teatros de peregrino ingenio, mágicas linternas que dan visiones de tierras y faunas inquietadoras, estuches de pastillas de pintura, cajas en cuyos misterios se producen músicas cristalinas, estremecen en la hondura del corazón de los rapaces la semilla de ansias y aptitudes futuras. Y lindos *bebés* y garridas muñecas que despiertan o duermen, abriendo o entornando sus ojos celestes y andan como los pájaros contentos, dejan en los floridos labios de las niñas sonrisa que tiene dichas ternuras de madres.

¡Oh, adorables juguetes blazqueños que participáis de la espiritualidad de vuestro señor excelso; que abismáis en contemplación a los muchachos y melancolizáis a los mayores recorriendo las nieblas de un pasado placentero, no os burléis si alguna vez halláseis entre vuestro público jubiloso, un hombre alto, nervioso, descuidado, sin importancia ni gravedad en su talante, que os codicia y no puede gozaros, porque ese hombre quiere ser siempre chiquillo y es vuestro amigo!».

Y junto a Miró, la presencia de Azorín. Cuatro artículos del gran prosista de Monóvar honran el periódico de Blázquez. Se publican, sucesivamente, en los años 1907 a 1910. Son cuatro trabajos muy breves, pero interesantes por contener cálidas descripciones de la ciudad de Murcia, que rara vez se repiten en su obra. Dice en el primero:

«Amo fervorosamente a Murcia; recuerdo la última impresión de esta bella ciudad. Era una noche primaveral; casi de madrugada. Juan Antonio (11), otros amigos y yo paseábamos lentamente por el Malecón; la ciudad dormía; se veía alguna lucecita a lo lejos; se respiraba un aire fresco y embalsamado; nada turbaba la serenidad del ambiente; brillaban en lo infinito las estrellas con sus resplandores rojos, verdes y azules; y un ruiseñor, en la floresta, cantaba con sus trinos largos, armoniosos, de paz y de amor».

Los dos siguientes se refieren a Saavedra Fajardo —«mi ideal en polí-

(11) Se refiere a Juan Antonio Perea, que fue precisamente quien le solicitó este trabajo.



tica», señala— y a su visita a un ministro. Finalmente, «El ciprés y las rosas» vuelve al tema urbano con suave delectación:

«En el paseo del Malecón —uno de los más bellos de España— hay tres o cuatro cipreses centenarios. Sus cimas resaltan en el azul limpio, transparente y claro del cielo levantino. Al pie de esos cipreses se ven unos rosales. Rosales y cipreses: he aquí todo un símbolo. La gracia, la delicadeza, la momentaneidad de las rosas —rosas blancas, rosas bermejas, rosas amarillas— junto a la rigidez, a la inmutabilidad, a la perdurabilidad de los seculares cipreses. Las rosas nos enseñan que todo acaba y cambia. Los cipreses, rígidos, inmóviles, nos hablan de que hay algo eterno, profundo, que no cambia jamás».

Jacinto Benavente, requerido en 1907 por su padrino Adolfo López, para enriquecer las páginas de esta publicación, explica que, aunque su deseo hubiese sido «haber escrito algo muy murciano», la falta de tiempo le obliga a remitir solamente unos pensamientos. Son estos:

«El verdadero cariño no es el que perdona nuestros defectos, sino el que no los conoce.

Es más fácil encontrar quien lllore con nuestras tristezas que quien se alegre con nuestras alegrías.

Cuando ve uno en alto a ciertos personajes no piensa uno cómo pudieron subir, sino de dónde pudieran caer.

Entre todas las virginidades ninguna quizás tan sagrada como la de una página en blanco».

Mucho más generoso fue, sin duda, José Echegaray, que no en balde había obtenido en Murcia éxitos clamorosos en el Teatro Romea con *El gran galeoto* y *En el seno de la muerte*. Bajo el título de «Juguetes» traza un extenso artículo en 1905, en el que no faltan párrafos de emocionado afecto, algunos de los cuales transcribimos:

«Yo fui niño en Murcia, y no he vuelto a serlo en ninguna otra parte, circunstancia muy digna de ser tenida en cuenta.

Yo no olvido aquella alameda murciana del Carmen, con su fila de tiendas, llenas de toda clase de juguetes en los días de la feria. Caballos de cartón, sables rectos y sables curvos, escopetas que hacían estallar pistones; tambores, que según en casa decían, eran más ruidosos que los de los soldados verdaderos; trompetas de ecos entre infantiles y marciales, y un mundo de seres que simbolizaban todo



un mundo de ilusiones, más reales en todo caso que otras muchas ilusiones de la vida.

.....

¡Cuántas cometas, estrellas y barriletes, he remontado yo en Murcia cuando chico, desde la alegre azotea o desde la hermosa huerta próxima al Malecón, o desde la fábrica de Salitre!

.....

Yo remontaba cometas por jugar, porque me regocijaba ver sobre el hermoso azul del cielo murciano unos cuantos pliegos de papel con armazón de cañas de mi propia fábrica, flotando en los aires, y sujetos a mi voluntad por un hilo.

En la vida, muchas cosas están sujetas por un hilo a la voluntad; pero el hilo casi siempre se rompe, o la traidora cuchilla de la cola de otra cometa, viene a cortarlo.

Después me enteré, que un sabio echó una cometa para atrapar con ella al rayo en nube tempestuosa.

¡También fue gusto; yo nunca eché cometas más que en cielo azul!».

Otro escritor no murciano, José Nogales, escribe sobre Murcia en el número de 1908, evocando el paisaje desde sus límites provinciales, ya que confiesa no haber pisado sus tierras. Rememora «un cielo purísimo como de celeste cristal», así como «las acequias que se alargan, se bifurcan y se dividen en un tejido fecundo y vital, como un sistema venoso que llevase a la tierra el caudal de su sangre azul». Y también, cómo no, la exuberante vegetación de la huerta: «naranjos de fruto de oro por fuera y de sangre por dentro, moreras en las lindes, de hojas tan suaves como la seda que de ellas se hace, y unas altas palmeras...».

Después de todas estas colaboraciones, hay una especie de pausa en la presencia de firmas nacionales prestigiosas. A partir de 1920 van apareciendo Ortega Munilla, Luca de Tena, Fernández Flórez y otros, con trabajos más bien esporádicos. Sólo Pérez Zúñiga, como queda dicho, mantiene una presencia constante en la que demuestra su facilidad versificadora y su fértil imaginación, capaz de glosar nada menos que durante veintiocho años seguidos las excelencias de la tienda de don Ricardo.

José Ortega Munilla aporta tres artículos. En uno de ellos compara la estructura de un periódico con la de un comercio. Y lo hace con bastante agudeza. Dice en uno de sus párrafos:



«¿No es el periódico un bazar? En sus columnas aparecen distribuidos en estanterías y vitrinas, que llamamos secciones, los diversos géneros de nuestra industria. Aquí, el artículo de fondo, serio y entonado, lleno de doctrinas y enseñanzas. Allá la información que encierra el vivir del último día. Más allá la alta bisutería de la colaboración amena. Chispea en una página el ingenio, el chiste, la galana invención. Más lejos, las revelaciones sensacionales acerca del suceso que ha emocionado al público... Y así en lo demás».

Curiosamente, Wenceslao Fernández Flórez, que colabora en el periódico cuatro veces, entre los años 1923 al 28, hace un paralelismo algo semejante, pero referido al cerebro de un periodista en comparación con un bazar:

«No hay nada que se parezca más a un bazar que el cerebro de un periodista. En el cerebro de un periodista se encuentra esa algo incongruente diversidad de ideas que corresponde a la diversidad de objetos de los bazares. Y esta condición se transparenta con mayor claridad en los periódicos. Las crónicas de viaje equivalen al departamento donde se venden maletas y baúles; los «ecos de sociedad» tienen ese mismo brillo trivial y atrayente de la bisutería; los artículos de fondo son como los trajes hechos, y así como el cliente apresurado elige uno, se lo viste y se marcha con él, el lector de escasa capacidad ideológica enfunda su espíritu en la opinión que el «fondo» le ofrece, y sale con ella a la calle y al club; también hay en los periódicos una sección de juguetería —chascarrillos, caricaturas, noticias fantásticas de sucesos que se dicen ocurridos en Norteamérica— que satisfacen lo que todos los lectores tenemos de niño, por viejos que seamos ya.

Y una nota triste: las esquelas de defunción. Pero hay igualmente un lugar tristísimo en los bazares: la caja, donde es preciso pagar nuestras compras».

Torcuato Luca de Tena publica un breve trabajo en 1922, del que lo esencial queda recogido en una nota anterior. Y otro ilustre periodista, José Francos Rodríguez, abre las páginas de la edición de 1927 con un apasionado canto a Murcia que merece la pena reproducir:

«¿Quién, que la conozca, deja de alabar efusiva y ardientemente a la hermosa región murciana? Sus campos prósperos y ricos, su cielo azul y risueño, la gracia gentil y característica de sus moradores, abonan la fama de que disfruta y merece. Hace muchos años, los de mi juventud, tuve ocasión de recorrer y admirar, tierras fe-



cundas y pródidas; ciudades donde se juntan la belleza natural con la facilitada por el Arte. Pasaron aquellos tiempos y ahora, al sentirme viejo, la impresión lejana se reproduce. ¡Campos encantadores, vegas espléndidas, exuberantes, rincones poéticos, edificios donde se reúnen el abolengo histórico y la perfección de la raza; cuantas veces tuve ocasión de contemplaros, otras tantas sentí emoción profunda!

Hay en Murcia tanto digno de admirar, por tan diversos motivos, se sienten agitaciones acariciadoras, que un paseo por aquella *tierrica* conforta a la vez el cuerpo y el alma, representa salud física y del espíritu. Aires embalsamados de las flores, producen deleite y sensaciones profundas del ánimo, parecen dirigirlo a la altura. Por eso, tengo siempre de Murcia impresiones gratas; evoco las juveniles y las de la madurez, pues las causadas por los muchos años, no se mezclan con las procedentes de lugares, donde vi, disfrutándolos, espectáculos magníficos en que se manifiesta esplendorosa la Naturaleza y se siente la infinita bondad de Dios. ¡Murcia, seductora, atractiva, riente, bendita seas!».

Finalmente hay que mencionar que en el número 33, aparecido en 1929, colaboran Cristóbal de Castro y Manuel de Góngora, con sendos poemas, y los hermanos Quintero con un pequeño fragmento de su sainete inédito *El niño me retira*. Era el canto del cisne de una publicación que terminaría allí su fecunda vida literaria.

III

Haciendo un resumen global de cuanto *El bazar murciano* ofrece, encontramos un total de 819 colaboraciones, de las cuales hay 540 en verso y 279 en prosa. Respecto al número de autores no se puede asegurar con exactitud, pues hay algunos seudónimos, varias firmas con iniciales —cuya atribución es dudosa— y siete trabajos anónimos. En cualquier caso, los colaboradores fueron unos 135. Y estos son sus nombres, con indicación del número de artículos o poemas que publicaron:

Ricardo Sánchez Madrigal ...	29	Julio Hernández	19
Juan Pérez Zúñiga	28	Enrique Soriano	18
Enrique Martí	24	Miguel Peñaflor	17
Carlos Cano	22	M. R. Blanco Belmonte	17
Andrés Blanco García	22	Ricardo Blázquez	17
José Frutos Baeza	21	José Martínez Tornel	17
Jesús Carrillo del Valle	20	José Tolosa Hernández	17
José Jara Carrillo	20	José Rodao	16



Andrés Sobejano	16	Eduardo de Ontañón	5
Mariano Perní García	16	José García Vaso	5
Miguel Pelayo	14	E. Martínez Rebollo	4
Manuel Lassa y Nuño	14	Martínez Albacete	4
Cecilio Recalde	13	Enrique Martínez Muñoz	4
Abelardo L. Teruel	13	M. Rodríguez Valdés	4
Narciso Díaz de Escovar	13	Francisco Frutos Valiente ...	4
Francisco Frutos Rodríguez ..	13	César M. Calderón	4
Valentín E. Arróniz	12	Azorín	4
Mariano Ruiz Funes	12	G. Victoria	4
Francisco Arróniz	11	W. Fernández Flórez	4
Rodolfo de Salazar	10	Antonio Martín Mayor	4
Francisco Flores García	10	Eduardo Bermúdez Gayá	3
Antonio Osete	10	Eduardo Bermúdez Vázquez .	3
Virgilio Guirao	9	Mariano Márquez	3
Narciso Ciemencín Chápuli ...	9	Luis Peñafiel	3
Francisco Bautista Monserrat .	9	J. Zamora Martínez	3
Salvador Rueda	9	José Pérez Bojart	3
Andrés Bolarín	9	Carlos Luis de Cuenca	3
Nicolás Ortega Pagán	9	José Estrañi	3
Leopoldo Ayuso	9	José Ortega Munilla	3
Luis Gil de Vicario	8	Joaquín Báguena	3
Andrés Baquero	7	M. García	2
Vicente Medina	7	Pío Tejera	2
Joaquín Arques	7	Enrique Rivas	2
Adolfo Balboa	6	Juan A. Perea	2
Ricardo Gil	6	Juan Fernández Hernando ...	2
Tomás Maestre	6	José Carrillo Hernández	2
Tirso Camacho	6	Facundo Palomares	2
Marciano Zurita	6	José Selgas	2
Ramón Pontones	6	E. Ramírez Angel	2
M. de Hoyos Masegosa	5	Antonio Robles	2
Luis Díez Guirao de Revenga	5	Gil de Escalante	2
Fulgencio Barado	5	Gaspar Esteva	2

Y con una sola colaboración los siguientes: Doctor Solano, L. Ponzoa Martínez, A. Pérez Pimentel, J. González, Ferrero, E. de Vilches, Carmelo Bermúdez Vázquez, Ricardo Osete, Cipriano Martínez Parra, M. Alcázar, Adolfo López, Andrés Valcárcel, Federico Balart, García Moreno, José Echegaray, Eduardo Pardo, José de la Cuesta, Vicente Llovera, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, Jacinto Benavente, Vicente Arróniz, A. L. Villanueva, José López, José Nogales, Gabriel Miró, Francisco Orca-



jada, Eduardo Flores, S. Rodríguez Lario, Juan Sansano, José Antonio Arnaldos, José Ballester, José Alarcón Ortuño, Juan Pujol, Joaquín Borcet, Antonio Escudero Alvarez, Ezequiel Ortega, Torcuato Luca de Tena, Ana María S. Guerrero (única mujer, además de la otra Guerrero), Manuel López Villar, Víctor Fernández Villar, W. Muldert, Francos Rodríguez, Hermanos Quintero, Rodolfo Gil, Manuel de Góngora, Cristóbal de Castro, Oscar Nevado y Francisco Sempere.

También figuran más de una docena de seudónimos e iniciales de difícil identificación, como se ha dicho (12).

El bazar murciano, en suma, constituye un variadísimo muestrario de prosa y verso. Abarca una extensa época que va desde los preludios de la generación del 98 hasta que surge la del 27, y aunque predomina un tono conservador, se percibe la evolución de los estilos literarios desde formas neorrománticas a modernistas. Algunas referencias a sucesos históricos —la pérdida de Cuba, la conquista de Alhucemas, el desastre de Annual...— revelan que los colaboradores no eran ajenos a los avatares políticos; sin embargo, casi ninguno toca estos temas en sus trabajos: el periódico es literario y nada más. En cambio, la vida de Murcia sí se refleja con frecuencia. Se comentan sus cambios urbanísticos y de costumbres (13); se critica en algún caso, irónicamente, la actuación del Ayuntamiento (14); se reseña el fallecimiento de los escritores locales (15); se deja constancia del habla de la huerta, de la mano de los primeros *panochistas*, y se transmite, en fin, la imagen de una ciudad apacible, acogedora y llena de encanto.

(12) Son estos: «El aprendiz del Bazar» (14 colaboraciones), Vereter (10), Lisardo (3), C., J. G. S. (¿Adolfo Balboa?), M. G., J. P. Baobal (Balboa, seguramente), Perecito, R..., A. B. (¿Adolfo Balboa?), V. M. (Vicente Medina, muy probablemente), X. F. P. (casi seguro, Javier Fuentes y Ponte), Malmira y Ubecumque, todos ellos con un solo trabajo.

(13) Léase, a este propósito, el artículo «Nota elegíaca», de Andrés Baquero, en el número 8: «Aquellos tipos de huertanos (...) no existen ya en la huerta. Ni los amplios zaragüelles, ni el jubón con sus broches, ni la manta de colores vivos; ni el armador bordado en lentejuelas; ni el refajo rumboso, ni el moño de picaporte, ni las mangas de jarra... ¡Pero si ya no existen ni las jarras *aquellas*!». Y más adelante: «La huerta ha echado humos y, *civilizándose*, ha ido perdiendo su particularismo, su carácter local. Esto se nota con especialidad en los bailes».

(14) En este sentido, Enrique Martí es el más incisivo.

(15) Concretamente, los de Mariano Perní (1912), Tornel y Baquero (1916), Frutos Baeza (1918), Sánchez Madrigal (1925), José Rodao (1927) y Enrique Soriano (1929).



AÑO II.

MURCIA 3 DE SEPTIEMBRE DE 1895.

NUM. 2

El Bazar Murciano

ECO DEL ESTABLECIMIENTO DE SU NOMBRE

DIRECTOR, RICARDO BLAZQUEZ

Se publica todas las f6rias

AÑO VI.

MURCIA 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1897

NÚM. 6

EL BAZAR MURCIANO

ECO del Establecimiento de su nombre.--Se publica todas las F6rias.

DIRECTOR--PROPIETARIO, RICARDO BLAZQUEZ.

AÑO VIII (.....) NÚM. 7

EL BAZAR MURCIANO

Eco del Establecimiento de su nombre.

Se publica todas las F6rias.

DIRECTOR-PROPIETARIO, RICARDO BLAZQUEZ.

Septiembre

Libro el Bazar á las 9.30 m.
C6rtese á las 11.45 m., á des-
pués, á las 12.15 m., y despues á las 5 p.m.

AÑO XV

MURCIA 1900

NÚMERO 22

1.º

SÁBADO

1902 -- Se publica el primer número de este periódico.
Para los forasteros, 5. Bienvenido

EL BAZAR MURCIANO

EN MURCIA: Plateria, 66 y 68. + CASA EN CARTAGENA: Mayor, 33. +

ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE

DIRECTOR PROPIETARIO: Ricardo Blázquez

AÑO XXXIII

Ricardo Blázquez

MURCIA 1924

NÚMERO 31

EL BAZAR MURCIANO

EN MURCIA: PLATERIA, 66 y 68

CASA EN CARTAGENA: MAYOR 33

ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE

DIRECTOR PROPIETARIO: RICARDO BLÁZQUEZ

Diversas cabeceras utilizadas por «El bazar murciano»

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

